

LUCY GREALY

Autobiografía
de un rostro

Índice

PRÓLOGO

Fiesta de ponis, 9

UNO

Suerte, 21

DOS

Zoológico de animales acariciables, 35

TRES

El Tao de la risa, 57

CUATRO

El miedo en sí, 72

CINCO

Vida en la Tierra, 89

SEIS

Puerta número dos, 102

SIETE

Máscaras, 115

OCHO
Verdad y belleza, 135

NUEVE
Mundo de lo desconocido, 153

DIEZ
Los hábitos de la autoconciencia, 167

ONCE
Cool, 180

DOCE
Espejos, 192

Agradecimientos, 209

*A mis amigos,
a los que amo*

Fiesta de ponis

MI AMIGO STEPHEN Y yo hacíamos juntos fiestas de ponis. Solían llevarse a cabo sobre el cuidado césped de los vecindarios que habían surgido alrededor de los establos de Diamond D, en las zonas rurales del condado de Rockland. La señora Daniels, propietaria de Diamond D, aprovechó esa oportunidad y empezó a alquilar un par de ponis para las fiestas de cumpleaños. En los primeros años, la señora Daniels solía asistir a las fiestas con nosotros, algo que Stephen y yo temíamos. Se imaginaba a sí misma como una especie de Roy Rogers¹ femenina, y su forma de vestir daba vergüenza ajena: camisas con flecos, hebillas de cinturón demasiado grandes, sombreros destartalados. Me quedaba allí sujetando un poni y retorciéndome por dentro de pura vergüenza ajena, como si se tratara de mi propia madre. Pero a medida que crecimos y Stephen obtuvo su permiso de conducir, y mientras Diamond D se hundía lentamente en un estado de anarquía algo surrealista, embarrado y huérfano, empezamos a preparar las fiestas nosotros solos, cosa que me encantaba.

Como cargábamos los ponis en el último minuto y teníamos una notable propensión a perdersos, llegábamos siempre tarde a las fiestas de cumpleaños. Sin embargo, nunca me importó: dis-

¹ Cantante y actor *cowboy* (Todas las notas son de la traductora).

frutaba del viaje por esas calles planificadas con precisión mientras el aire del verano se arremolinaba a través de la cabina de la camioneta, susurrando en las cintas de papel crepé que cubrían temporalmente el espejo retrovisor. Cuando finalmente encontrábamos nuestro destino, atábamos las cintas en las crines y colas de los ponis en un intento bastante triste de darles un aire festivo. Los vecindarios a los que íbamos eran variados; desde calles estrechas y arboladas abarrotadas de casas tipo rancho, hasta espaciosos bulevares salpicados de enormes casas de estilo Tudor. Aun así, todos los vecindarios en el condado de Rockland parecían compartir una cierta cualidad como de copia a carboncillo: cada casa era exactamente como la de al lado, excepto por un ciervo de cemento o un arbusto esculpido. Siempre aparecía un perro persiguiendo la camioneta durante un número fijo de parcelas —una misteriosa demarcación canina del territorio— antes de desaparecer repentinamente para ser reemplazado por otro perro que corría y ladraba detrás de nosotros hasta unas parcelas más allá.

Me gustaban esos perros, su determinación, entusiasmo y sentido de la responsabilidad. Me gustaba especialmente perderme atravesando barrios extraños con Stephen. Mientras conducíamos entre las casas, miraba por las ventanas imaginando cómo serían las familias de su interior. Mis suposiciones se basaban en lo que había visto en la televisión y las películas: me imaginaba al padre en una silla reclinable junto a una lámpara adornada con pequeñas borlas blancas. Cerca, una esposa bien conjuntada conversaba por teléfono con amigas mientras sus hijos ponían la mesa. A medida que se pasaban la cena recién hecha, servida en platos blancos, se preguntaban distendidamente unos a otros cómo les había ido el día. Tal vez, incluso, alguien mencionara que había visto pasar por delante de la casa una camioneta con un remolque de caballos. Tenía la certeza de que esas familias no se parecían en nada a la mía, certeza forjada con un vago sentido de superioridad y un aún más vago anhelo; me enorgullecía saber que yo era la

persona que, a bordo de esa camioneta extrañamente surrealista, con sus ponis dando coces y su airado tubo de escape, había pasado por delante de su casa ese día, había rozado sus vidas y pasado de largo, así, sin más.

Cuando llegábamos a nuestro destino se desataba una gran oleada de emoción. Los niños, al darse cuenta de que los ponis habían llegado, venían corriendo desde el patio trasero con sus sombreros simplones mientras sus globos, ahora olvidados y balanceándose en colores detrás de ellos, salían volando en busca de algún árbol o cable telefónico. Los ponis reaccionaban a la emoción de los nuevos sonidos y olores cagándose allí mismo, en el camino de entrada, lo que a su vez era recibido por un coro de gruñidos de disgusto.

Sin embargo, mi placer al ver a los niños no duraba mucho. Sabía lo que iba a pasar. Tan pronto como superaran la emoción de estar cerca de los ponis, se fijarían en mí. Me faltaba la mitad de la mandíbula y eso le confería a mi rostro una extraña forma triangular acentuada por el hecho de que no podía mantener la boca bien cerrada. Cuando comencé a hacer fiestas de ponis, mi cabello todavía era corto y ralo, aún en fase de crecimiento tras la quimioterapia. Pero a medida que el pelo crecía, yo empeoraba las cosas al inclinar continuamente la cabeza y esconderme detrás de la cortina de cabello, mirando furtivamente al mundo como una actriz nerviosa. No obstante, a diferencia de una actriz, no disfrutaba de mi público y, si hubiera sido posible, me habría quedado detrás de esa cortina para siempre con la cabeza inclinada en un eterno acto de deferencia. Sin embargo, yo dependía de mi público: era su aprobación o desaprobación de lo que dependía todo y, por desgracia, creía con cada partícula de mi ser que la palabra *aprobación* no estaba escrita en mi guion. Tenía catorce años.

«Odio esto, ¿por qué lo hago?». Me lo preguntaba a mí misma en todas y cada una de las fiestas que organizábamos, pero no tenía otra opción si quería mantener mi trabajo en el establo. Todo el mundo tenía que hacer fiestas de ponis; sin excepción. Años

Suerte

*KER-POW!*³

Literalmente fui arrojada al presente, al inconfundible *ahora*, por la cabeza de Joni Friedman cuando chocó contra el lado derecho de mi mandíbula. Hasta ese momento, mi cuerpo corría dentro de los límites de un círculo de niños de cuarto curso reunidos para jugar al *dodge-ball*,⁴ pero mi mente estaba en otra parte. Por lo general, era una pésima atleta y me avergonzaba profundamente cada vez que fallaba al saltar con valentía y destreza la comba con sus zumbidos, siempre amenazando con agujionearme si cruzaba mal sus límites invisibles, como un campo de fuerza de ciencia ficción; o peor aún, cuando me tocaba ser el eslabón débil, una vez más, en la carrera de relevos de la escuela. ¿Cómo podría una dudar de que el orden en el que nos elegían para el equipo de sóftbol no coincidía con el orden en que la vida estaba repartiendo favores?

No es que me considerara una persona débil o asustadiza; en los juegos más informales sobresalía, especialmente en la lucha libre (podía vencer a todos los niños de mi calle menos a uno), en los

3 Interjección para señalar impacto o transformación.

4 Juego común en el Reino Unido y Estados Unidos, también conocido como *balón prisionero*.

juegos de guerra (siempre me daban el papel de espía, puesto que era una reconocida chivata) y aceptando desafíos (hacía casi cualquier cosa, sin importar lo ridículo o peligroso que fuera, excepto comer invertebrados y anfibios, que fue donde puse el límite). En mi vecindario se me respetaba algo, no solo porque una vez salté por la ventana de un segundo piso, sino porque también besaba en los labios a un perro viejo y especialmente apestoso del barrio cuando me lo pedían. Yo era todo un marimacho.

Todo cambiaba, sin embargo, cuando se trataba de juegos promovidos por el Departamento de Educación Física de la Escuela Elemental Fleetwood. En el momento en que apareció un silbato en escena y se pusieron reglas, me transformé en una patosa. Todo parecía muy injusto: en el fondo de mi corazón sabía que tenía un gran potencial, incluso un potencial de estrella, pero nada de eso se hacía realidad al tratar de golpear cualquier pelota que se me presentara. Me resigné desde el principio, aunque era consciente de que podía superar en cualquier prueba de lectura y ortografía al niño más fuerte de la clase. Y cuando me elegían prácticamente en último lugar para los equipos de *crazy-kickball* o de carreras de cangrejo,⁶ asumía con aire de derrota una actitud de indiferencia que explica en parte mi falta de atención el día en que mi mandíbula chocó con la cabeza de Joni Friedman.

Puede que estuviera pensando en si la superioridad de Colleen en el *dodge-ball* se veía comprometida por estar enamorada de David Cassidy, o en si otros dilemas sociales de la preadolescencia estaban influyendo en el partido de *dodge-ball* de ese día. Pero sabía que aquella pelota estaba destinada a mí. Ni siquiera me había

5 Juego infantil por equipos. Está basado en el béisbol, aunque la pelota se golpea con el pie.

6 Carreras a cuatro patas y boca arriba, imitando a un cangrejo.

molestado en pedirla: era obvio y, aunque también era obvio que Joni intentaría robármela, me mantuve firme.

El silbato que anunciaba el final del partido comenzó a sonar justo cuando la pelota venía hacia nosotros, hacia mí. Me incliné hacia adelante y Joni se abalanzó a un lado y, de repente, todos y cada uno de los pensamientos sobre el estatus social de Colleen o la ética de Joni me abandonaron repentina y bruscamente.

Sentí la fuerza de nuestra colisión en cada uno de mis átomos, aunque mantuve la calma y la lucidez mientras estaba sentada allí ligeramente aturdida sobre el cemento. Todo el mundo corría para ponerse en fila y, si bien admito que Joni me preguntó cómo estaba, solo recuerdo estar sentada allí entre las piernas borrosas que corrían, frotándome el lado derecho de la mandíbula, sorprendida tanto por el dolor que sentía como por lo extrañamente en paz que estaba. No es que las cosas sucedieran a cámara lenta, una sensación que había experimentado durante otros accidentes menores; era como si el tiempo, misteriosa aunque lógicamente, se hubiera desplazado a otro plano, como si fuera capaz de especular y teorizar sobre mil hermosas verdades diferentes, todo en la misma fracción de tiempo que les pudiera llevar a mis labios articular una sola palabra. En resumen, es posible que tuviera una conmoción cerebral.

Me palpitaba la mandíbula. Frotarla con la mano no tenía efecto alguno: el dolor era profundo e intocable. Como era un dolor imprevisto, no había ningún residuo de ansiedad que alterara mi experiencia. La ansiedad y la anticipación, lo aprendería más tarde, eran los ingredientes esenciales para *sufrir* el dolor en lugar de *sentir* un dolor puro y simple. Aquel tormento extraño fue, probablemente, la primera y la última vez que iba a experimentar un dolor así de puro, que me sorprendía más de lo que me hería.

—¿Estás bien, querida?

Expulsada de mi ensoñación, miré hacia arriba para ver a la señora Minkin, que estaba de guardia en el patio de recreo aquella tarde. Entraba en la categoría de adultos «aterradores» y de ahí en

la subcategoría de adultos «con malas pulgas». La señora Minkin, una mujer espantosamente fea a los ojos de los escolares, con sus faldas de lana a cuadros y su maquillaje espeso, no era alguien ante quien yo estuviera dispuesta a admitir mi angustia.

—Estoy bien, gracias.

Y yo estaba bien: tan rápido como había venido, el dolor agudo en mi mandíbula remitió y mi consciencia se vio devuelta al patio de recreo, donde rápidamente me puse de pie y me sacudí. El problema que se avecinaba ahora era simplemente que me había quedado muy atrás en la fila debido a ese molesto retraso. Cuando volví al aula había olvidado el incidente por completo.

Volví a recordarlo esa noche, sentada en la alfombra del salón, mientras preparaba un trabajo sobre un libro. Lo había estado posponiendo durante dos semanas y ahora, para mi gran consternación, debía entregarlo al día siguiente. Poco a poco, me di cuenta de mi posible salvación: tenía dolor de muelas. Esa no era una razón demasiado bienvenida para quedarse en casa y no ir a la escuela, como podían serlo un resfriado u otra enfermedad similar, ya que iba a suponer una visita al dentista. Si hubiera sido solo un dolor de muelas menor, probablemente hubiera preferido sufrir la ira de mi maestra antes que la inevitable agitación de mi madre, pero ahora que me había percatado del dolor, parecía ir a más.

El dentista y yo ya nos conocíamos bien. Se me ha castigado con una dentadura terrible. Nos había dicho que es un rasgo común entre las personas de ascendencia angloirlandesa, pero mi madre se sintió ofendida por esa información y, como por ósmosis, también sentí vergüenza por el estado de mis dientes. El Dr. Singer había convencido a mis padres de que, si quería tener alguna posibilidad de que me salieran los dientes los definitivos, le permitieran hacer todo lo imaginable con mis dientes de leche. Ni siquiera recuerdo el trabajo que hizo, pero parecía que iba al dentista todas las semanas

para someter mi boca a algún procedimiento. A nadie le gusta el dentista, pero lo que más me molestaba del Dr. Singer era que tenía la costumbre de mentirme.

—Extiende el pulgar y te mostraré cómo voy a dormir tu mue-la y sin que sientas dolor.

Yo aguantaba.

—Verás, pondré este medicamento en tu diente como lo es-toy poniendo en tu pulgar —decía mientras empujaba una jeringa suavemente en mi dedo, liberando un chorro de líquido transpa-rente—. No dolerá más que esto.

Luego se volvía a la bandeja de instrumentos, con su espalda bloqueándome la visión de la escena, y entonces cambiaba las je-ringas. Antes de que pudiera ver lo que destellaba ante mí, clavaba hábilmente la aguja en mis encías expectantes. Siempre me sorpren-día muchísimo que un simple chorro de líquido pudiera doler tan-to. Aun haciéndome ese sucio truco una y otra vez, llegué a la con-clusión de que debía haber algo extraordinariamente malo en mis encías. Sospechaba que había algún problema terrible en mi boca y, temerosa de que quejarme únicamente provocara un nuevo tra-tamiento desconocido y más doloroso, me guardaba mis sospechas.

A medida que avanzaba la noche, fingir que ya no tenía dolor de muelas dejaba de ser una opción. Finalmente fui a mi madre y le confesé mi dolor en el mismo tono cauteloso que usaría para ad-mitir la pérdida o destrucción de algo valioso. Tal y como esperaba, se enfadó. Por supuesto, estaba enfadada por la situación, por la molestia, por el posible gasto, pero yo no tenía recursos a esa edad para distinguir gradaciones tan sutiles y supuse que yo, y solo yo, era la culpable de su enfado.

Solo cuando mi padre entró en la habitación y preguntó qué estaba pasando, recordé la colisión que había sufrido horas antes. Esa nueva información pareció irritar aún más a mi madre, espe-cialmente cuando mi padre, tratando como siempre de rebajar la tensión, aventuró el pronóstico: